

Reseñas

Carlos Illades, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*, Ediciones Era/UAM, México, 2008, 328 pp., ISBN 978-968-411-699-3.

Empiezo por reconocer las rigurosas exigencias críticas del género. Sin embargo, voy a tener que afirmar, también desde el principio, que este es un libro excelente, el cual me da mucho gusto dar a conocer a ustedes. Así liberado de las obligaciones convencionales, puedo entrar en materia y explicarles por qué me parece tan bueno.

Este libro reconstruye la ideología de esos socialistas que pensaban que podía transformarse la sociedad sin necesidad de revoluciones; que veían y nombraban las injusticias sociales pero pensaban que podían remediarse con voluntad y organización; que propusieron esquemas de producción y relaciones de clase que no dejaban el progreso en manos de las fuerzas impersonales del mercado sino en las de la imaginación y la bondad.

Al principio del capítulo 4 se encuentra la mejor definición de la sutileza y la importancia de esta investigación. Me permito citar:

La historia del primer socialismo en México no fue un conjunto de batallas épicas, sino

una discontinua sucesión de escaramuzas dispersas, recurrentes fracasos, grandes proyectos y pequeñas victorias, a veces más simbólicas que reales, pero, no obstante su inobjetable marginalidad, de consecuencias durables dentro de la cultura, las prácticas sociales y el imaginario colectivo (p. 155).

Este es el producto final de un trabajo de años que algunos hemos conocido en versiones preliminares y parciales. Illades descubrió, transcribió y editó autores que habían sido olvidados con gran cuidado. Él trabajó también con gran cuidado, por supuesto, pero lo que quise decir fue que los que querían olvidar el pasado socialista también lo hacían con gran cuidado. Se puede decir, en efecto, que en las dos últimas décadas, por lo menos entre los que se dedicaban a teorizar sobre la política en México, el ejercicio de olvidar fue llevado casi a las alturas de un arte. En primer término, bajo el argumento de que la caída del socialismo en Rusia y Europa del Este constituía en sí mismo un argumento relevante contra las ideas originales del socialismo. En segundo término, se olvidaba al postular que la dialéctica fundamental en la historia de la ideología mexicana era la lucha entre liberales y católicos, y que estos habían sido los olvidados.

Por supuesto que corregir el olvido selectivo no era el único objetivo de Illades. Yo diría que su trabajo, tan cuidadoso y dispuesto a no hacer caso a la sabiduría convencional sobre lo que es o no es “importante”, es un intento por reconstruir una genealogía que todos compartimos a veces sin saberlo. Somos herederos de Rhodakanaty y de Pizarro y de Owen cada vez que decimos que la realidad mexicana condiciona nuestro liberalismo: el peonaje y la supervivencia aristocrática, en el siglo XIX, la desigualdad y la explotación, hoy.

En la cita que leí hay un poco de modestia de parte del autor. Voy a tratar de argumentar que estos socialistas primigenios, románticos y utópicos, marginales y orgánicos, son de hecho centrales para entender el legado político del siglo XX y las prácticas sociales del presente.

Propongo a ustedes que *Las otras ideas* es un ejemplo muy claro de una función del trabajo de la historia que los mismos historiadores generalmente ocultan con cierta vergüenza. Me refiero a la tarea de identificar los antepasados ideológicos del presente y ponerlos sobre la mesa.

A veces la relación entre esos antepasados y las ideas que hoy son moneda corriente parece tan tenue que uno diría que el ejercicio es uno de genealogía-ficción. Pero, como lo hace Carlos Illades en este libro, si se buscan las conexiones y se organiza sistemáticamente el entramado de influencias, diálogos y silencios que llamamos historia intelectual, la genealogía no sólo no es ficticia sino que nos ayuda a entender mejor el presente. Como todo proyecto historiográfico que tiene una dimensión hondamente personal, este libro es un intento por descubrir o, si se me permite el término, inventar los antepasados.

La perspectiva actual sobre Juárez, por ejemplo, comparte la admiración y la exasperación de sus contemporáneos socialistas. Admiración por su decisión inquebrantable de realizar las nociones fundamentales de igualdad ante la ley y derechos civiles; por su convicción de que había problemas con la realidad mexicana cuya responsabilidad recaía en ciertas instituciones y tradiciones coloniales. Exasperación de los socialistas ante Juárez, por la deliberada ceguera del benemérito ante desigualdades que iban más allá de las formalidades de la ley, como el racismo y el caciquismo, y su cautela, comprensible dadas las circunstancias políticas, en hacer del Estado un instrumento más deliberado de nivelación social. Los socialistas decimonónicos veían a Juárez como un símbolo inevitable de la nacionalidad y el avance agónico de la república. No daban condenarlo aunque estaban obligados a renegar de parte de su legado para poder superarlo.

Yo diría que la mayor deuda que tenemos con estos primeros socialistas es la crítica de las relaciones sociales. Ellos fueron los que nombraron y denunciaron el latifundio, la explotación del trabajo, la violencia en las relaciones de clase y de género que hacían posible esa explotación. Lo que es más importante, tal vez, sostuvieron que todos estos problemas estaban vinculados. Esta crítica de la realidad no llegó a constituirse en saber científico, como lo haría el marxismo en el siglo XX, y quedó en el campo de la ideología y la literatura. Fue eclipsada por nuestra memoria de un siglo XIX mexicano donde todas las ideas políticas parecen estar dirigidas a la construcción de la legitimidad; donde el discurso político no es más que programa o manifiesto, sin mucho

mérito como análisis de las condiciones realmente existentes.

Como lo señala Illades, el primer socialismo no fundó una disciplina académica con reconocimiento institucional y reglas definidas. Sin embargo, los intelectuales examinados en este libro proveen un ejemplo fundacional en su voluntad de ligar convicciones teóricas, discurso político y acción económica. Sus instrumentos fueron libros y periódicos, pero también colonias de inmigrantes, asociaciones civiles y cooperativas. El eclecticismo teórico les impidió definir reglas para la producción de su discurso y para estandarizar criterios de verdad. Más aún, los primeros socialistas no disfrutaron ni de un entorno institucional estable para respaldar la producción de conocimiento ni de la libertad completa de expresión para exponer sus ideas. Los congresos obreros, que parecían ir adquiriendo si no fuerza por lo menos regularidad durante el porfiriato, tuvieron la mala fortuna de ser aplastados por la combinación de autoritarismo e hiperactividad política que caracterizó los últimos años del régimen de don Porfirio.

Estos socialistas eran intelectuales de la clase trabajadora u orgánicos. Esto, según Illades, significa que tenían menos recursos materiales y teóricos a su disposición, que sus aportaciones flotaban un poco en el aire o ante audiencias más bien estrechas. Pero el no pertenecer al canon de las doctrinas y los nombres consagrados no los hizo menos relevantes. Suplieron con imaginación, fantasías utópicas o morales, lo que les faltaba de solidez académica. Esa imaginación ecléctica es difícil de apreciar en esta era de especialización extrema, pero probablemente más útil para sus interlocutores que la erudición. Hombres como Juan de Mata Rivera, conecta-

dos con la realidad de tantas maneras, como empresarios, burócratas, editores, no pueden considerarse intrascendentes a menos que postulemos una separación drástica entre el mundo de la teoría y el de la práctica.

El eclecticismo de estos socialistas podría llamarse también cosmopolitismo. Lo que hace algunas décadas parecía un defecto es hoy, en la era donde parece obsoleto poner etiquetas nacionales a ideas o prácticas, una virtud de la que los primeros socialistas son pioneros. Son románticos, también. Creían en la imaginación, en la pasión como parte de la política. Como románticos, redefinieron el yo moderno y exhibieron los problemas de separar lo público de lo privado.

La originalidad tampoco era el fuerte de los liberales, si a esas nos vamos. Y pocos tuvieron tanto carácter en su enfrentamiento contra el positivismo como los socialistas: lo denunciaron como antiliberal, ciego ante los fenómenos espirituales y sociales en los que la voluntad colectiva no respondía a leyes naturales. En este contexto, el espiritismo no es rareza o debilidad mental, como se lo ha pintado en el caso de Francisco I. Madero, sino una búsqueda de sustancia en ese ámbito de la voluntad y la espiritualidad, olvidados o simplificados por la ciencia positiva. De manera semejante, como señala Illades, las diversas Iglesias disidentes no atrajeron a Rhodakanaty y otros porque les fallara la coherencia teológica, sino porque andaban en búsqueda de una ética del trabajo y el compromiso colectivo que no encontraban en la Iglesia católica ni en el positivismo.

Como muestra Illades, esta actitud crítica de los primeros socialistas es el producto de su genealogía ilustrada. Como buenos románticos, se sentían hijos de la

Ilustración, comulgaban con sus ideales fundamentales de libertad e individualismo, pero también identificaban los límites de la filosofía de la razón y el progreso. Para llegar a esos límites, definieron el campo de lo social como objeto de la crítica y la práctica, no solamente del discurso normativo de leyes y ensayos filosóficos —como lo hacían los ilustrados. No todos los románticos fueron socialistas, pero es cierto que los socialistas compartieron con los románticos esta crítica del mundo ordenado y perfecto, el mejor de los mundos posibles, imaginado por los ilustrados. En este sentido los socialistas caminaron en paralelo al liberalismo pero llegaron más lejos. El hecho de que los socialistas mexicanos no llegaron a tener influencia en la política ni en el terreno de las elites intelectuales no quiere decir que su crítica del liberalismo no sea válida y útil en el presente. Su caso se parece al del comunismo mexicano del siglo XX, que convivió, entre el amor y el odio, con el régimen salido de la revolución, tratando de superarlo pero también de preservar sus logros.

La izquierda del siglo XX tuvo más éxito político y doctrinario que el primer socialismo, pero cabe preguntarse hasta qué punto ese éxito se lo debe a sus antepasados utópicos. Illades termina el libro con Vicente Lombardo Toledano y su polémica con Antonio Caso. Se trata de una culminación lógica de la genealogía intelectual que practica el resto del libro, reconstruyendo tanto los referentes de cada uno de estos autores clave como su impacto contemporáneo.

Sin embargo me parece que hay una supervivencia del primer socialismo que Illades no desarrolla a fondo, aunque es consciente de ella. Me refiero a las ideas

sobre “lo social” que se volvieron hegemónicas con la revolución, probablemente alrededor de 1917, ciertamente en los años veinte. Los constituyentes de Querétaro, empezando por Francisco J. Múgica, no se avergonzaban de llamarse socialistas. El mismo Álvaro Obregón se declaró socialista durante su campaña para la presidencia, porque se proponía resolver “el problema social”. Varias ideas centrales de la crítica socialista a la realidad social y al liberalismo se convirtieron en lugares comunes de la ideología estatal del XX. La más clara es la de que no es suficiente con tener una democracia electoral formal para decir que hay una verdadera igualdad en términos de derechos políticos. Tal igualdad requeriría emparejar el terreno en términos de igualdad económica. Incluso los gobernantes más doctrinariamente neoliberales aceptaron que la desigualdad era un problema nacional. La retórica oficial ahora usa el término “oportunidad” para hablar de ese emparejamiento. Puede decirse que esta es una herencia del primer socialismo, si no como retórica política al menos a través de la ciencia del análisis de la realidad que estimuló el “socialismo” de la revolución.

Si tomamos la definición del término socialista del pensamiento de los intelectuales examinados por Illades entonces no es tan aventurado decir que la de 1910 fue una revolución socialista. Ejemplos abundan, desde la nobleza paterna del Madero como hacendado y su intento por negociar los salarios de obreros textiles, hasta las declaraciones de Obregón y la culminación en el socialismo del artículo 3° reformado y el proyecto cardenista. Un tropo muy común y duradero en el discurso político de la revolución, que no ha sido examinado que yo sepa, es el decir

que Jesucristo era un socialista. Más que una relectura de los evangelios lo que hay aquí es un eco de las ideas del primer socialismo sobre armonía, igualdad, la dimensión ética del compromiso político, el desdén por los intereses materiales y la disposición a desalojar a los mercaderes del templo.

Irónicamente, la novedad de la revolución contribuyó a nuestro olvido de los socialistas. Illades apunta que no hay eslabones aparentes entre estos primeros socialistas y la tradición revolucionaria de izquierda desde los Flores Magón. Esto es cierto en el sentido estricto de la historia intelectual, género que obliga a documentar influencias y diálogos para establecer la existencia de una tradición. Pero no lo es si ampliamos el enfoque y especulamos un poco, como lo hago yo en este momento, pero, para mérito suyo, Illades nunca lo hace. De esa manera podríamos hablar de la cultura pública que hizo posible, por ejemplo, el socialismo híbrido de Salvador Alvarado, de Tomás Garrido Canabal, o las declaraciones de Obregón, socialista pero nunca bolchevique.

En la segunda mitad del siglo XX, sin duda en parte gracias a Lombardo Tolodano, la visión crítica de la realidad pasó a formar parte central del campo de estudio definido por las ciencias sociales en México. Fue entonces que el Estado, en parte heredero de la tradición política moldeada por estos intelectuales olvidados, soltó, siempre a regañadientes, los recursos necesarios para continuar estudiando críticamente los problemas de la sociedad mexicana.

El análisis de Illades es particularmente perceptivo cuando recorre las diversas alternativas de la ambivalencia de los socialistas hacia la política. Algunos decían

que ser funcionario público era ser parásito de la sociedad. Otros se negaban a adoptar partido en las abundantes confrontaciones políticas de la época. La mayoría escribía en revistas y hablaba ante foros definidos socialmente, es decir, implícitamente críticos de la universalidad kantiana de la opinión pública.

Illades señala la contradicción socialista de negar la política en el nivel nacional y al mismo tiempo enaltecerla, en el nivel municipal, como vehículo para el cambio social. Esto parece ser el producto de la relación ambivalente de los primeros socialistas con el liberalismo: negar y al mismo tiempo aceptar los logros en términos de ciudadanía y derechos individuales, enfocarse en el problema de la justicia social para revelar las limitaciones del proyecto liberal, adherirse a las Leyes de Reforma pero condenar a Juárez por tradicionalista y autoritario. Aunque a veces parezcan apolíticos, estos primeros socialistas defendieron la política en un nivel cuya importancia sólo empezamos a entender hoy: como diálogo en el que el convencimiento no es simplemente producto de la retórica sino también de la transformación de la posición y los intereses del sujeto, un diálogo en el que los interlocutores van creando al mismo tiempo el campo de una realidad compartida que le da significado a sus palabras.

Los primeros socialistas combinaron la abstinencia política con una crítica radical del sistema, en la que el gobierno, los partidos y las clases poseedoras eran señalados como responsables de la miseria. Esto prefigura la actitud apolítica de los activistas contemporáneos que le tienen más fe al trabajo artesanal pero coherente de las ONG o de los sindicatos que al proceso legislativo o las elecciones. Según

Illades el mutualismo de la mayoría de las organizaciones socialistas del XIX les quitaba autoridad política. Esto es cierto, yo diría, sólo si pensamos en la esfera pública de acuerdo con la definición ilustrada donde la única forma legítima de opinar es hacerlo desde la posición de desinterés y objetividad que otorga la respetabilidad del jefe de familia burgués económicamente autónomo. Pero no es el caso si, por el contrario, concebimos a esa esfera pública como un espacio donde convergen diversas voces definidas a través de procesos diferentes, a veces sobrepuestos, de construcción de la identidad política.

Podría decirse que estos primeros socialistas llevaron a cabo una negación práctica, como dirían los marxistas, de la esfera pública burguesa. En primer lugar, porque no escribían o hablaban a partir de la autoridad que les daba el papel de padres de familia, del ámbito de privacidad que define al Yo burgués y es tan importante en el esquema histórico de Habermas. Por el contrario, muchos defendían los derechos políticos y civiles de las mujeres. Muchos otros simplemente carecieron de la respetabilidad burguesa de una renta estable: eran maestros de escuela, periodistas, artesanos. En segundo lugar, los socialistas criticaron la esfera pública burguesa porque ellos fueron los primeros en afirmar sistemáticamente que los derechos políticos y la libertad de expresión eran una ficción en tanto la educación no hiciera una realidad del uso universal e igualitario de la razón. En eso también el presente es un heredero de los primeros socialistas: aunque sea de lengua para afuera, el IFE y las burocracias de los partidos políticos han aceptado que la educación política es parte sustantiva de los derechos ciudadanos.

Desde la perspectiva del siglo XX, sin embargo, los primeros socialistas son antepasados relevantes de la esfera pública contemporánea como espacio de diálogo abierto. Su renuencia a ser absorbidos como actor político por el juego de partidos y caudillos del siglo XIX se expresó como un rechazo al uso de la violencia. Fueron verdaderos herederos del doctor Mora al pensar que no había cambio posible, y legítimo, si no se llegaba a él a través del convencimiento basado en la educación común y el debate. Esto, por supuesto, es un claro contraste con los métodos políticos de su época, donde la consecuencia lógica del desacuerdo era la guerra civil. También contrasta con la teoría anarquista de la acción directa, adoptada a su manera por la revolución de 1910, a pesar de que el Partido Liberal Mexicano de Ricardo Flores Magón no tuvo un papel central en ella.

En una nota personal, quiero expresar aquí mi admiración por un aspecto del proyecto intelectual que culmina en este libro. Me refiero a la convicción por parte de Carlos Illades de que los criterios recibidos para distinguir lo "importante" en la historia de México de lo que no lo es no sirven de base para ponerse a investigar y escribir. En otras palabras, que el éxito o fracaso de un intelectual ante la historia de bronce o el revisionismo católico no deben dictar la calidad y la profundidad de la lectura que se hace de su legado. Recuerdo que uno de mis asesores en Texas me preguntó, cuando yo escribía mi tesis sobre criminales, por qué no estudiaba "personas más importantes". No le hice caso. Cuando le quise hacer caso, en mi siguiente proyecto, acabé escribiendo sobre políticos de segunda cuyo único mérito era batirse a duelo o hablar de su ho-

nor. Nadie importante, otra vez. Pero es mi gusto y por eso aprecio a quienes toman esta retórica de la “importancia” y la ponen de cabeza.

Illades realmente trabaja sobre intelectuales decisivos para entender nuestro presente, pero no necesita cobijarse bajo la genealogía intelectual hegemónica. Esta genealogía divide todo en liberales y conservadores, o en dicotomías equivalentes, y tiende a regresar a los mismos nombres una y otra vez, los mismos nombres que el Estado está dispuesto a conmemorar incansablemente con reediciones, congresos, becas. Me gusta este libro porque no hay forma de que reciba subsidio de parte de las múltiples comisiones para celebrar centenarios y bicentenarios que se han formado últimamente. Para citar otra vez a los primeros socialistas, el reconocimiento oficial o monetario no tiene ninguna relación con la validez de las ideas. Me temo, sin embargo, que este libro sí va a contribuir a la buena fama de su autor y a darle un puesto de guía para futuras investigaciones y preguntas históricas. Ya era hora de que Gastón García Cantú dejara de ser la esfinge del socialismo mexicano. Quién sabe, en una de esas Carlos Illades acaba encargado de crear un museo del socialismo mexicano. Para que eso suceda, es decir, para que el Estado esté dispuesto a pagar por eso, haría falta una verdadera batalla épica.

Pablo Piccato
COLUMBIA UNIVERSITY

José T. Pérez, *Bulnes a espaldas de Juárez*, edición facsimilar de la imprenta en 1905, investigación, estudio historiográfico y apéndice de Moisés Guzmán Pérez, IIIH-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 2006, 332 pp.

Con motivo del bicentenario del natalicio de Benito Juárez, celebrado en el año de 2006, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo publicó una edición facsimilar del libro *Bulnes a espaldas de Juárez* del escritor moreliano José T. Pérez. A decir de Moisés Guzmán, autor del estudio historiográfico que acompaña al texto, la reedición del libro de Pérez no sólo buscaba contribuir a los festejos conmemorativos del natalicio, sino también rescatar una obra “que ha pasado prácticamente desapercibida para los estudiosos de ese periodo de la historia de México” y para los que se dedican a investigar la vida del benemérito. En sí, el propósito de reeditar la obra es ensalzable porque los festejos del bicentenario fueron bastante discretos, situación explicable en parte por la situación electoral que se vivía en el país y el uso que uno de los candidatos hacía de la figura de Juárez, y en parte por la actitud de los historiadores que buscaban evitar caer en las redes de la historiografía de bronce. Aunque se realizaron algunos ciclos de conferencias y otras actividades, tanto en la ciudad de México como en los estados, lo cierto es que se dejó pasar por alto, desde mi perspectiva, un evento que pudo haber servido para discutir lo que significó Juárez para el país. Mucho se ha hablado de que los historiadores no hemos logrado sacar a la historia de los estantes de las bibliotecas y llevarla al gran público, pero cuando